

La joven se detuvo.

—¿Qué, Amaro?

Pero Rodeiro nada añadió. Estrechó lentamente la mano femenina y marchóse. Desde el umbral Sabela oyó los cascabeles del caballo que desandaba el camino, y vió pasar y alejarse las lucecitas amarillentas del coche.

IX

Aquella noche de Reyes tuvo una decisiva influencia en el noviazgo y hasta en la vida de los dos jóvenes. Aún no habían concluído de cenar los de Abelenda cuando Federica entró, con cierto misterio en la voz y en las pisadas:

—Están ahí los del Carballo. Vienen á cantar los Reyes. ¿Pasan?...

—Que pasen.

Sonaron en el vestíbulo las recias pisadas de unos zuecos. El ruido llenó la casa, envuelta ya en la obscuridad de la noche. En el corredor detuviéronse los pasos. Interrogó una voz:

—¿Se puede?

Entraron cuatro hombres. En el umbral inmovilizáronse, parpadeando, deslumbrados por la claridad del comedor. Dos eran casi ancianos: dos eran casi niños. Siguiendo la costumbre de todas las aldeas de Galicia, caminaban aquella noche de pazo en pazo y aun de choza

en choza, cantando un romance de viejo sabor en que se cuenta la mística historia de los tres Reyes Magos que van desde el lejano Oriente de todos los relatos misteriosos, á hacer la ofrenda de sus dádivas al Niño Dios.

Saludaron; hubo un instante de silencio. Se miraron, tras unas toses de carraspera. Luego rompieron á cantar. Y la canción iba hablando del peregrinaje tras la estrella y de cómo los tres monarcas llegaron á Belén, y de cómo la Virgen María salió á recibirlos y ellos se quitaron las coronas, respetuosamente. Todo el romance tenía una dulce ingenuidad. Los hombres, con una mano aplicada á la oreja, apoyada la otra en la larga vara de castaño, cantaban á grito herido. El más joven era un caso de unción, inmóvil, con su chaleco rojo, con sus zuecos ocultos bajo la gruesa capa de barro, cerrados los ojos, chillando hasta hacer hinchar las gruesas venas de su garganta... El romance terminaba con un galano llamamiento á la generosidad de los "fidalgos" y el asonante "aguinaldo" surgía finalmente y fatalmente. Hubo una pausa; y después de embolsada la peseta y de trasegado el buen vaso de vino, los hombres hablaron de la feria pasada, de las arobas que pesaba el cerdo muerto, del coste de los bueyes... Entonces fué cuando doña Rosina se fijó en un rostro que asomaba á veces á

curiosear por la puerta, á dos palmos del suelo, casi entre las piernas de los cantores.

—¿Quién está ahí?

Los del Carballo se rieron.

—Es Santiaguíño.

Le empujaron. Santiaguíño entró, algo ruboroso, alzando la boína sobre la frente, pero sin quitársela por completo. Traía su chaqueta de pana negra y la vara de fresno, más alta que él, bajo el brazo. Toda su carita redonda sonreía con la malicia aldeana.

—Á las buenas noches—saludó.

—Empeñóse en venir con nosotros...—explicaron sus acompañantes.

—¿Y tu amo te deja, Santiaguíño?—preguntó Sergio, divertido con el aspecto del rapaz.

—Ya no tiene amo, señor—respondieron—. Marchóse de su casa porque no le pagaba el jornal.

Rieron todos. ¡Oh Santiaguíño incomodado, requiriendo su hatillo de ropa y su vara de fresno, plantándose ante el labrador formidable que contrató sus servicios, y pidiendo su dinero en una disyuntiva de reclamación judicial...

—¿Qué pediste á los Reyes, Santiaguíño?

—¡Jel...

Á Santiaguíño se le escapa una risita socarrona, y mira de soslayo las rodillas de sus

compañeros, que están á la altura de su pequeña nariz, enrojecida por el frío. Santiaguíño no cree en los Reyes. En las morenas casitas aldeanas los pequeñuelos no esperan la visita de los Magos dadivosos. Los pequeñuelos han reunido el ganado al anochecer; sonaron sus vocecitas agudas, espoleadoras de las reses tardas, de los bueyes solemnes, de paso perezoso, que van arrojando dos conos de humo por sus narices contra el húmedo suelo, de los locos rebaños asustadizos, del caballejo que huyó relinchando, moviendo entre los tojos las trabadas piernas peludas... Después, ya en casa, el niño se durmió sin esa inquietud, sin esa ansia, sin esa noción de cercanía de lo sobrenatural que en esa edad y en esa fecha á todos nos ha rozado. No hay fantasía en las almas de los pequeños campesinos. La severa madre Tierra, buena y grave, sincera, educadora, no deja crecer las alas de ese pájaro de colorines que no sabe más que cantar. ¡Cómo va á pensar en los Reyes Santiaguíño!... Santiaguíño oirá, desde su cama dura, cómo pasan cantando los del Carballo ó los del Pinar, ó los de la Cruz del Souto, y pensará que cuando él sea tan crecido como el señor Mingos ó el señor Chinto, ó el señor Antón, podrá aspirar á que su amo no se niegue á pagarle los jornales.

Y pasará el canto, conmoverá una ráfaga las ventanas, se agitará una vaca en el establo, y los Reyes habrán transcurrido ya para el rapazuelo.

Ahora, bebido el último sorbo, enjugada la boca con el revés de la mano, se van los cantores. Vuelven á sonar sus fuertes pisadas.

—Vaya, ¡á la obediencia de ustedes!...

Y se pierden en el silencio y en las tinieblas.

Dos horas después, cuando Sergio creyó dormidos á todos los moradores de la casa, emprendió su caminata misteriosa. Federica estaba despierta. Al entrar en el cuarto, Sergio derribó el aguamanil, torpemente situado cerca de la puerta. Entonces una mano de la joven lo buscó entre las sombras y le apresó fuertemente con cierta angustia. Juntas las cabezas, Federica susurró á su oído:

—¡Por Dios! Rafaela no duerma...

Y quedaron inmóviles mucho tiempo. Se oyó rebullir—al través del tabique—en el jergón de la vieja criada. Después volvió á caer la quietud, más pesada y más honda, esa quietud en la que las arterias baten ruidosamente.

Sergio indagó:

—¿Está despierta?

Y con un soplo refirió Federica:

—La he oído quejarse hace un momento.

Esperaron aún. Volvoreta volvió á atraerlo para conjeturar, tranquilizadora:

—Quizás fuese en sueños.

Y como nada extraño ocurriese, ni turbase la calma de la casona ningún rumor, fué renunciando la confianza en sus ánimos. La costumbre les había dado cierta seguridad en sus entrevistas, y á veces hasta saboreaban el peligro de una risa que pudiera ser escuchada ó de un crujir del piso ó del lecho que pudiera ser delator. El joven gustaba de permanecer inmóvil oyendo el ruido de las ráfagas que pasaban tan cerca, sobre sus cabezas, experimentando esa sensación de desleimiento que sufrimos cuando ponemos toda nuestra atención en el magno silencio de las noches. En esos instantes era feliz y se estremecía al pensar en salir de aquel abrigo y aquella inmovilidad para descender á su alcoba, por los fríos corredores de la casa. En estos momentos suyos de quietud satisfecha, Volvoreta solía dormirse, y á él se le antojaba tener una misión amparadora cerca de ella, y soportaba la molestia del brazo extendido bajo la cabeza femenina, para no turbar aquel sueño suave, seguro, venturoso.

De pronto, una mariposa de luz, un lumi-

noso hilito, corrió por la pared del cuarto. Se lo advirtieron mutuamente, con un sobresalto que hizo separar sus cuerpos. Miraron. Bajo la puerta brillaba una línea amarillenta. Sergio se arrojó del lecho, temeroso. No habían sentido las pisadas; pero él pensó que acaso Rafaela... En un instante, las ideas se entrecruzaron y confundieron en su cerebro, como los alambres de un soporte caído. La raya de luz estaba inmóvil; el silencio era obstinado... Sospechó que la vieja criada, á quien Federica había oído quejar, se habría levantado para ir á la cocina á prepararse cualquier tisana... Eso debía de ser, porque la luz no se movía. Advertíase aquella raya amarilla, y también el ojo de la cerradura, encendido, y, en un lugar del estrecho tabique, donde faltaba un nudo, se transparentaba un pequeño disco de madera, con color sonrosado, como de carne...

Pero he aquí que se sintió un ligero rumor en el picaporte. Y lentamente, la puerta se abrió. Sergio estaba como petrificado, en pie junto á la cama. La puerta se abrió, y entró la mano de Rafaela, sosteniendo la palmatoria de cobre; y después el propio rostro de la mujer... Todo muy despacio, muy en silencio...

—¡Jesús!...

Y volvió á cerrar la puerta. Sergio seguía viendo, en la obscuridad, la cara de la vieja

servidora, iluminada de abajo arriba por la luz, y sus ojos asustados fijos en él. La exclamación de sorpresa y de escándalo duró también mucho tiempo en sus oídos... Desapareció la luz; se oyó crujir el catre de Rafaela... Sin hablar, sin volverse hacia Federica, sin pensar casi, Sergio salió. Se fué en puntillas; no sentía el frío ni le importó pisar aquel escalón que chirriaba siempre y que él evitaba tocar... Entró en su alcoba, se arrojó en cama, y se tapó la cabeza, consternado.

Cuando despertó supuso que era temprano todavía; no había entrado aún su madre á llamarle, según costumbre; la casa estaba en silencio. Filtrábase una débil claridad por los resquicios de las contraventanas. Decidió esperar á que le avisasen, como habitualmente; y lo ocurrido la noche anterior volvió á su memoria con una intensidad que le hacía sufrir. Rafaela lo había descubierto todo. ¿Qué ocurriría?... Temblaba al escándalo como á una catástrofe. ¿Cuál sería la cólera y el desprecio hacia él de su madre, tan rígida, tan severa, sorprendida por el relato de un hecho indigno?... Tan monstruoso le pareció entonces á Sergio su proceder, que no creyó que Rafaela se decidiese á denunciarlo. Se prometió tener con ella una entrevista en la que había de procurar engañarla acerca del verda-

dero motivo de su presencia en el cuarto de Federica. Engañarla...—se paró á pensar—; pero, ¿cómo?... Resolvió confiarse á ella absolutamente, referir la verdad, atenuándola en lo posible, y suplicar el silencio, con la promesa de no reincidir nunca... Y no reincidiría. Ahora hacía un voto solemne de sustraerse á la tentación. Dedicóse á imaginar lo que había de decir á Rafaela. Oía mentalmente sus admoniciones y se dictaba las respuestas que creía indicadas.

Cuando sonaron pasos próximos á su estancia fingió dormir. Entró doña Rosa. Casi desde el umbral, gritó:

—¡Sergio!

Simuló no oír.

—¡Sergio!

Se desperezó y abrió un ojo.

—Es tarde ya.

Gruñó, como de costumbre:

—Voy... ahora...

Y volvió á cerrarse la puerta.

Lo de siempre, todo había pasado como siempre. Rafaela, pues, no había hablado. Se levantó, se zambulló en el agua y fué al comedor. La inquietud latía, sin embargo, en su pecho. En la mesa humeaba su gran taza de café; pero en los sitios donde solían desayunar la madre y la hermana tan sólo quedaban algu-

nas migas de pan y unas manchitas de café sobre el tapete de hule. Miró el reloj y eran las diez. ¡Las diez!... ¿Por qué le habían dejado en cama hasta las diez?... Su madre, de pronto, se detuvo ante él, al otro lado de la mesa, y le dijo, severamente:

—Desde hoy irás todas las tardes á dar tus lecciones á don Miguel.

Nada más. Sergio bajó los ojos hacia el tazón. Al concluir tomó su libro y fué á estudiar al huerto. Rafaela fingió no verle pasar. Aquel día hizo una observación el enamorado. Volvoretta no sirvió la comida, ni la cena, ni estuvo en el huerto ni en el jardín, ni se oyó en la casa su voz cantarina. Y tampoco al día siguiente, ni al otro...

Sergio supo, al fin, que en la mañana de eterna memoria Federica había recibido su salario, había recogido sus ropas y se había marchado á la ciudad. Supo también—Rafaela lo contaba en la cocina—que “ni aun se había puesto encarnada”.

X

Todas las tardes, después de comer, Sergio seguía el camino de Santa María de la Gándara, y, ya en la casa rectoral, recitaba sus lecciones, mal aprendidas casi siempre, ante don Miguel, inmovilizado en una actitud seria é importante.

Sergio no recibía grandes luces de aquella enseñanza, porque las asignaturas que había de estudiar eran totalmente desconocidas para el párroco; en realidad, éste se limitaba á mirarle severamente cuando, en la enumeración del itinerario que había de seguir una carta certificada, olvidábase el estudiante de citar algún pueblo. Transigía difícilmente con que Sergio alterase, en su explicación, las frases empleadas por el autor de la obra. Terminada la clase, escribía en un cuadernito su parecer acerca de la aplicación del alumno, le sermoneaba á propósito de su conducta y

de su misión en la tierra, y, á veces, le hacía merendar una taza de leche en la que desmigaba dorado pan de maíz.

Algunas tardes, Rodeiro, cuya hacienda no estaba lejos de la rectoral, aparecía en ella y disparaba contra don Miguel sus apotegmas revolucionarios ó menospreciaba las condiciones de cazador de que el párroco hacía gala insistente. Le amenazaba de continuo con la presencia de Rosales, el director de *El Avance*, que, según él, había de instruirle en lo que era tirar á liebres y avesfrías. Don Miguel sonreía, un poco picado en su amor propio:

—Bueno, hombre; pues que venga... Ya se verá. A aprender estamos.

Y Rosales apareció con Rodeiro en la tarde de un sábado. Rosales era un hombre de pequeña estatura, seco de carnes, de color cetrino, con ásperos bigotes recortados y largos dientes de tono marrón. Un vello abundante y negrísimo envolvía sus muñecas y no se detenía más que ante la imposibilidad de crecer también en las uñas. Ante todo—él lo confesaba—era cazador; después, radical. Tenía algún dinero que le permitía vivir con cierto desahogo, y gozaba en la ciudad reputación de periodista formidable, nunca vencido en polémicas, en las famosas polémicas con que él, muy de cuando en cuando, porque no gustaba

de prodigarse, desvanecía de satisfacción á sus correligionarios.

Aquella tarde Sergio no dió su lección. Enfrascáronse deliciosamente don Miguel y su huésped en una charla acerca de su afición común, y al llegar la hora de la merienda—la partida había de ser al día siguiente, después que don Miguel dijese su misa, casi con el alba—sentáronse todos frente á un lomo de cerdo fiambre y á una panzuda botella de vino del Avia, el mejor de todos los vinos del mundo, en la opinión bien fundamentada de Rodeiro.

Las anécdotas inevitables surgían entre trago y bocado. Don Miguel suplicó:

—Venga mañana con nosotros, Rodeiro. Yo le presto escopeta.

—*Vade retro*. No están los caminos para andanzas.

Abrió un paréntesis para elogiar el vino y afirmó después, siguiendo el tema:

—Yo no creo en eso: bien lo saben. Yo continuo afirmando que es imposible cazar. Existe la escopeta, el perro, el monte, el cazador, la perdiz... todos los elementos. Pero lo que no ha ocurrido nunca es que ese cazador, auxiliado por su perro y haciendo uso de la escopeta, mate á la perdiz ó al conejo ó á la liebre.

Los otros soltaron la risa:

—¡Este Rodeiro!...—exclamó el radical.

—Pero si en su vida ha encañonado á un triste gorrión... ¿cómo se atreve á hablar, hombre?... ¡Venga con nosotros: venga á ver y á creer, caramba!...

—¡Oh!—ponderó el menospreciado—; ¡oh!... ¿quién le contó que yo no he ido de caza?... Mientras viví en Madrid, en aquel insoportable Madrid, todos los domingos... Iba con el jefe de mi negociado, don Ismael Zanón. Iba, claro está, á oxigenarme... Cazar, nunca he cazado nada.

Y contó largamente. Medio Madrid salía al campo los domingos. Las estaciones se llenaban de gentes que aún llevaban los ojos hinchados por el sueño y se dejaban arrastrar por canes corpulentos atados á una cadena, y sudaban bajo su chaquetón de pana, y su morral, y su cinto de cartuchería, y su terrible escopeta, y sus polainas, y su sombrero, en el que triunfaban las plumas de una perdiz ó el rabo de una liebre sacrificados en un festín familiar. Los trenes mañaneros iban invadidos por este ejército de utopistas. En cuanto arrancaba la locomotora, los feroces perseguidores de alimañas abrían sus morrales y extraían el grasiento envoltorio, en cuyo interior hay siempre una tortilla de patatas ó el yerto alón

de un pollo. Y comían terriblemente, con un gesto que haría estremecer á las más animosas perdices.

Rodeiro iba también, cuidadoso de no revelar su escepticismo. Suponía de buena fe que si sus compañeros llegaban á descubrir que no era cazador ni creía en las patrañas cinegéticas, le fusilarían en un rincón del monte, como á un espía que pudiese venderlos. Callaba y andaba; sobre todo andaba: kilómetros, leguas, miriámetros, y á veces, por el buen parecer, disparaba la escopeta, procurando hacer—decía—mucho ruido.

Su consciente complicidad le causaba divertimento. En ocasiones se dividían los cuatro compañeros habituales, é iban dos por aquí y dos por allá, con el arma preparada, ojo avizor, escrutando en las matas de tomillo.

—En las matas—explicó él—, que apuntan en aquellos horribles montes castellanos como mechoncitos de pelo en un cráneo tiñoso.

Don Ismael y Rodeiro iban juntos frecuentemente. Don Ismael tenía un perro elefantíaco y estaba equipado espléndidamente para cazar; no le faltaba una tilde: desde las polainas al sencillo alicate para sacar el cartucho cuando el extractor está reacio. Don Ismael, sin embargo, nunca mataba pieza alguna. Un día, fatigados ya, sentáronse á la sombra de

un olivar. Era en Aranjuez. En el valle se veía la fronda de los famosos jardines. Sobre la cinta acerada del Tajo se alzaba una neblina que seguía el curso del río: semejaba una rúbrica de humo en el aire. Descansaban los dos cazadores al lado de sus escopetas. Don Ismael miraba al cielo con melancolía.

—¡Poca suertel—gruñó.

—¡Sí; poca suertel—apoyó Rodeiro.

Don Ismael preguntó de pronto:

—¿Ha cazado usted mucho en su vida?

Rodeiro dió un silbido para hacer entender que el número de sus víctimas no podía contarse con palabras. Pero comprendió al mismo tiempo que un buen cazador debía saber referir alguna hazaña insuperable:

—Este verano—aseguró—cacé en mi tierra cincuenta liebres en un solo día.

—¡Oh, cincuenta liebres!—el asombro de don Ismael era sincero—. ¿Quizás con galgos?

Rodeiro replicó prontamente, sin dar importancia á su declaración:

—No; fué con reclamo.

Don Ismael tuvo un éxtasis de sorpresa:

—Es singular—murmuró, como hablando consigo mismo—. Jamás he oído contar cosa semejante.

Y sintiéndose evidentemente inferior, confesó, tras pequeñas vacilaciones, como si se

hubiese detenido á considerar si Rodeiro era hombre capaz de guardar una confidencia:

—Yo soy muy desgraciado. No acierto jamás. ¡Nunca he cazado nada, amigo mío!...

Y sin embargo, había ensayado, había consagrado un mes entero á ejercicios preparatorios. Compró entonces un conejo. Lo soltaba en el pasillo de la casa, y el pobre animal huía, azorado, á refugiarse donde se creía más seguro. Entonces don Ismael salía con el perro por el otro extremo del pasillo:

—¡Búscalol!...

Y el perro olfateaba y comenzaba su tarea investigadora. Don Ismael marchaba detrás con una escopeta de aire comprimido. Así se adiestraba él y adiestraba al perro.

—Nada conseguí—concluyó, mirando á la tierra, donde incontables esferitas daban fe de la existencia de los conejos y de las liebres—. Sin embargo, no se puede negar que hay caza. Ahí tiene usted al rey. El rey mata centenares de piezas en un solo día.

—¡Bah!—respondió Rodeiro, para consolar á su jefe—. ¡Así caza cualquiera!... Todas las piezas que le sueltan al rey llevan un collar de cascabeles.

—¿Usted cree?...

—Estoy bien seguro.

Y reanudaron su marcha en silencio. Don

Ismael meditaba. En su cinturón los casquillos de los cartuchos brillaban como las tachuelas de una cincha... De pronto agarró á Rodeiro por un brazo. Jadeaba de emoción, inmóvil, con los ojos muy abiertos fijos en un punto del monte. Indicó en voz baja:

—¡Allí!

Rodeiro sintió tambalearse su incredulidad. Junto á una mata de tomillo, á unos treinta pasos, se veía el cuerpo de un conejo, con las grandes orejas erectas. Lo contemplaron un minuto con estupefacción, como si fuese el primero que viesan en toda su vida. Después lo encañonaron. ¡Pum! ¡Pum! ¡Zas! ¡Plim!... Cuatro tiros. Enloquecían. Si en lugar de dos cartuchos tuviesen veinte en cada escopeta, hubiesen continuado hasta acabar. Cuando miraron, el conejo estaba en el mismo lugar en que lo habían divisado al principio. Vociferaron entonces como energúmenos:

—¡Hurrá!

—¡Cayó! ¡Cayó!

Y corrieron hacia él, embriagados de alegría.

Muerta estaba, en verdad, la pieza. Pero su muerte era remota. Un sutil lazo de alambre unido á una estaquita le rodeaba el cuello. En la parte que descansaba en la tierra, su cuerpo se había hecho plano; corrían las hor-

migas por él; un ojo había desaparecido por completo. Podía hacer un día ó dos que el animal había exhalado el último suspiro.

—¡Qué lástima!—gruñó don Ismael.

Y añadió, vacilante:

—Si á usted le parece... nos lo llevaremos... por no ir así, de vacío...

Cuando bajaron á Aranjuez ya era de noche. Brillaban los farolitos de la estación—rojos, verdes, blancos—como una verbena. Una muchedumbre de pescadores y de devotos de la cetrería—todo el gentío que por la mañana había salido de Madrid para asolar los montes y despoblar el Tajo—asaltó el convoy. Don Ismael, ya en el coche, colocó el conejo bien á la vista; un pescador colgó, próxima á él, la red con el botín ganado. En la red había hasta una docena de sardinas. Aquel vecino genial, desconocedor de la ictiología, trataba de encubrir su fracaso y había adquirido en Aranjuez los primeros pescados que le ofrecieron. ¡Gentes felices con sus inocentes patrañas!

Pero he aquí que, ya en marcha el tren, comienza á difundirse por el vagón un olor sospechoso; se acentúa, se hace más y más intolerable... Rodeiro y su amigo comprenden y palidecen al mirarse. ¡Maldito conejo!... ¿Cómo es posible que sus compañeros de excursión creyesen la bella historia inventada por don

Ismael acerca de la muerte de un animal que exhalaba un hedor tan repugnante?...

El pescador había olfateado varias veces. Luego dirigió una mirada de recelo hacia la carroña putrefacta que se escondía bajo la piel del conejo. Si se descubriría todo... ¡Era el deshonor!... Pero don Ismael, tembloroso de miedo ante el ridículo, tuvo una idea. Se levantó, cogió el cadáver como para guardarlo en el morral, se acercó después á la ventanilla fingiendo mirar el paisaje, y arrojó disimuladamente el pequeño cuerpo corrompido.

Respiraron.

—Los conejos y las liebres—concluyó Rodeiro—que se sientan por las noches á ambas orillas de la vía para ver regresar el tren de los cazadores han debido reirse entonces largamente.

Rosales y don Miguel habían celebrado la narración con carcajadas. La botella de Rivero de Ayia estaba vacía. Mandaron servir otra, y el sacerdote reprendió jovialmente á Rodeiro:

—¡Cómo inventa, Dios mío!

El aseguró que todo lo narrado era verdad.

—Tan convencido estoy de que en el monte no se puede cazar nada, que si alguna vez me acomete esa pasión seguiré un procedimiento distinto: haré que mi criada ate por una pata en mi huerto, aquí y acullá, conejos

y gallinas. Luego saldré yo con mi escopeta.. Esa es la caza ideal; créame.

Don Miguel lloraba de risa, porque se imaginaba los esfuerzos de un conejo para escapar, con la pata sujeta á una col, y el alborotado cacareo de las gallinas, y á su feligrés avanzando cautelosamente y haciendo fuego con tanto orgulloso contentamiento como si los cazase en pleno campo. Cuando pudo hablar, arguyó:

—¡Pero, hombre, no gustarle la caza!... Aunque no sea más que por admirar el trabajo de los perros... Mire usted que un buen perro, parándose...

Iba á perderse en una descripción; pero le interrumpió á gritos Rodeiro:

—¡Alto!... No siga usted. ¿Cómo voy yo á admirar á los canes?... ¿Entonces, usted no conoce mis ideas?... Todo lo que se dice acerca del perro es literatura, nada más que literatura. Eso de que es "el amigo del hombre"... "el fiel compañero"... ¡literatura! El perro es un animal de tendencias retrógadas: el perro llega á tener el concepto de la propiedad; defiende á ladridos y á dentelladas la hacienda del amo; es individualista; un instinto especial le hace abominar de los pobres; hasta los canes de los ciegos, que debían conocer la humildad, enseñan los dientes á los transeuntes.

Además, tienen antipatías voluntariosas. Yo no puedo pasar delante de la taberna de "Miñoca" sin que su perro se lance contra mí. Una vez me mordió. Sin embargo, yo nunca le hice mal. Le digo á usted, señor cura, que cuando los hombres tengan sentido común, en vez de llamar amigo suyo al perro lo constituirán en símbolo de la burguesía.

—¡Calle usted, calle usted!

—¡Naturalmente!—vociferó Rodeiro—. Si el clero no defiende á los burgueses y á los esbirros de los burgueses, ¿quién los va á defender?...

—¡Es que usted es un ácrata!

Y la discusión derivó ya por esta senda tantas veces recorrida por ambos. Rosales no creyó correcto intervenir. El era, al fin, huésped del cura. Sonreía y vaciaba la copa. Cuando los adversarios contendían acerca de Marx, se oyó un resollar profundo. El ilustre director de *El Avance* había llevado su neutralidad hasta el discreto punto de quedarse dormido.

XI

Los senderos del bosque conocían la tristeza del enamorado. Con la lejanía de la amada su cariño se sublimó en sentimentalidad y hasta los menores detalles del pasado feliz se poetizaban. Había llegado á exaltar en términos novelescos aquella separación violenta, aquel extrañamiento de la dulce moza rubia y sumisa, cuyas actitudes de candor eran, precisamente, las que con más ahinco perseveraban en su memoria.

Y en esta hiperestesia espiritual, las sensaciones se hacían en él agudas, y muchos viejos espectáculos se le ofrecían como llenos de un vigor nuevo y como preñados de revelaciones. Era como si hasta aquel momento la vida, las gentes, las cosas mismas, hubiesen tenido guardados, hoscamente, secretos que ahora le revelaban con prodigalidad, con la misma con que en primavera nacen en todos los rincones